

\*  
\* \*

Antes de abrir al público mi establecimiento fotográfico (porque han de saber ustedes que *Junius*, en su nueva existencia, se propone ser fotógrafo y vender retratos de nuestros hombres célebres, sin curarse de que salgan agraciados ó desfavorecidos) quiero echar mi cuarto á espaldas en la mesilla de la política internacional, á ver si descubriendo mis raras aptitudes para la diplomacia, me nombra el Gobierno ingeniero inspector de alguna línea férrea.

Precisamente preocupa hoy á la prensa la árdua cuestión del Congreso americanista, que ha de reunirse dentro de breve plazo en Washington; y precisamente creo haber sabido en el otro mundo, (en el otro mundo que no existe), que el *Universal* sostuvo la conveniencia de que México enviara á esa Asamblea ocho representantes por lo menos. Así es que, voy á medirme ahora, y para que se eche de ver cuán curado de mi cobardía regreso, con dos potencias amigas, y con dos potencias de primera clase: con el *Universal* y con los Estados Unidos de Norte América.

Publicó el *Tiempo* la lista de las personas que, á su juicio, merecen desempeñar esa importante representación. En ella vi los nombres de D. Antonio Mier y Celis, D. Joaquín García Icazbalceta, D. Nicolás de Teresa, D. Pedro de Echeguren, etc., y al punto imaginé que en el famoso Congreso iba á tratarse de suscribirse para procurar la realización de alguna obra caritativa, no porque solo sean caritativos los antes citados ricos homes, no porque carezcan de otras dotes, sino porque el simple hecho de enviarlos á los Estados Unidos, y á

un Congreso, sin averiguar anticipadamente si conocen el inglés y lo hablan con soltura, me parecía indicar que se trataba nada más de dar dinero. A poco ví, sin embargo, que se trataba de algo más serio, aunque, según mi leal saber y entender, pocas cosas hay más serias y más feas, que esto de dar dinero. ¿Qué asunto tan serio —dije para mí— será el que va á dilucidarse, cuando México necesita situar en Washington no capitales, sino capitalistas; traer de Europa á D. Antonio Mier, como se trajeron hace años los restos de Arista; dejar á la Academia mexicana viuda de García Icazbalceta; imponer á D. Nicolás de Teresa y á Echeguren la patriótica obligación de abandonar sus negocios y de exponerse á los peligros de un viaje. Y asustado pensaba: y si D. Antonio Mier y Celis no quiere venir ¿qué sucederá? ¿Hay un tratado de extradición con Francia, que pueda aplicarse á esta clase de delincuentes? ¿Declararemos la guerra á las nuevas sirenas que detengan á Uli-ses y á M. Carnot? . . . Y como nadie está obligado á prestar servicios personales sin la debida retribución, ¿qué retribución digna de él y del sacrificio que la patria le impone, asignará el Gobierno á D. Antonio Mier?

Y si D. Pedro Echeguren no quiere venir, ¿qué sucederá? ¿Se firmará otro tratado de la Mesilla?

Y si D. Joaquín García Icazbalceta, no quiere ir, ¿qué sucederá? ¿Declararemos en estado de sitio á la Academia mexicana?

Y si D. Manuel María de Zamacona no quiere resucitar, ¿qué sucederá?

¿Qué nuevo baleo de los Sabinos va á consignar la Historia en sus anales?

Por fortuna, leyendo *Las Novedades* de Nueva York, caí de mi burro. Se trata, en efecto, de algo muy gra-

ve, muy serio, pero tan grave, tan serio, que ni D. Antonio Mier y Celis, con tener tanto dinero como tiene, ni García Icazbalceta con saber tanto como sabe, servirían para el caso. Se trata de hacer una poesía; se trata de adivinar un logogrifo; se trata de descubrir las islas afortunadas; se trata de sacar la atlántida del seno de los mares; se trata de revivir á Moisés para que nos dé las nuevas tablas de la ley. . . . . Lo que los Estados Unidos —estados bíblicos— desean, es que declaren de obligatoria observancia estos dos consejos ó preceptos del Evangelio: “*Ama á tu prójimo como á tí mismo y . . . . Dame todo tu dinero, y sígueme . . . .*”

Como el asunto es sobrado amplio, y como acabo de resucitar, dejo la pluma en el tintero hasta mañana. Estoy convalesciente de la muerte y me flaquean las piernas. Espérame, lector, mientras recobro fuerzas, tomando mi caldo de pollo y mi media botella de Burdeos.

JUNIUS.

#### CARTA DE JUNIUS.

#### El Congreso Americanista.

#### POSTDATA.

Dice un telegrama: El jueves tres de Octubre, los delegados al Congreso Americanista saldrán en viaje *de recreo* á través del país, para *estudiar* los recursos manufactureros y agrícolas de los Estados Unidos, regresando á la capital federal el 13 de Noviembre.

Como se vé, los diputados al Congreso Internacional de Washington, no van á un paseo, como yo dije equivocadamente: van á conocer y estudiar los Estados Unidos en cuarenta y dos días. Podría objetar algún descontentadizo que, tratándose de escojer los medios conducentes para que la paz perdure en América, y de formar al propio tiempo una unión aduanera continental, no es absolutamente indispensable que los representantes de las naciones invitadas conozcan la ática Boston, la opulenta Chicago, la soberbia Filadelfia, etc., etc. Pero á esto replico, que el Congreso viajero -- *le Congrès voyageur*— no se propone escojer en esos cuarenta y dos días medios ningunos para conseguir el advenimiento de la paz perpetua ni de los nuevos aranceles, y que tal excursión solo significa una señalada muestra de cortesía de los Estados Unidos, igual á la del rico que, teniendo un palacio amueblado con lujo, lo enseña pieza por pieza, desde el salón hasta la cocina, á todos los que con cualquier motivo van á visitarle. Dirá el descontentadizo antes citado que esa costumbre de enseñar la casa á todos y de hacer ostentación de riqueza, no es aristocrática, sino propia de advenedizos y de *cursis*. Pero á esto replico de nuevo que los Estados Unidos no son ni quieren ser aristocráticos: los Estados Unidos son muy democráticos.

Mas, como presumo que ha de ser muy terco mi hasta hoy desconocido contrincante, voy á desvanecer las últimas dudas que preocupen su ánimo y á contestar satisfactoriamente todos sus reparos.

Dirá él: —Puesto que se trata de realizar el bien de América y no solo el de los Estados Unidos del Norte, no veo por qué nada más ha de estudiarse, en cuarenta y dos días la prosperidad, los recursos, el presente, el pa-

sado, el porvenir de la república vecina, sacrificando á las demás repúblicas que también tienen vela en el entierro y derecho á ser conocidas y estudiadas, antes de que el Congreso, cumpliendo sus inexcrutables designios, decreta cuál ha de ser la suerte de ellas. ¿Por qué cuarenta y dos días en los Estados Unidos, y no veinte siquiera en la Argentina, y otros veinte en México, *et sic similibus?*

Ante todo, señor descontentadizo, olvida usted que los Estados Unidos son los que reciben, los que invitan á almorzar, los que están en su casa, y que, por lo tanto, pueden hacer lo que les dé la gana. Olvida usted que América es para los americanos, según la doctrina de Monroe, y que los americanos no son los argentinos, ni los chilenos, ni los guatemaltecos, ó por lo menos, no les llamamos así: los americanos son los yankees. De modo que conociendo y estudiando lo que necesitan los americanos para su bienestar, ya sabe usted lo que América necesita. Para eso vamos á estudiar los Estados Unidos; para hacer la felicidad del Continente.

Por lo demás, no debemos tener motivo alguno de celo, porque ese viaje no va á acarrear ningún provecho estupendo á los Estados Unidos. ¿Cree usted que burla burlando y bebe bebiendo, observando las ciudades, ora á través del cristal grueso de las ventanillas, ora á través del cristal delgado de las copas de Champagne, van á formarse los excursionistas exacta ni aproximada idea de lo que son y lo que necesitan los Estados Unidos? A menos que Edison haya descubierto una nueva aplicación de la electricidad: la aplicación de la electricidad al estudio! Un acumulador de necesidades sociales, puesto en contacto con un alambre que vaya derechamente á los cerebros de todos y cada uno de los diputa-

dos, producirá en los tales cerebros una luz intensa, aumentada por poderosos reflectores, que se podrían llevar, para mayor comodidad, en el forro del sombrero.

Desengáñese usted, señor descontentadizo, lo que van á hacer los representantes de América es un viaje de recreo. En una palabra, van á divertirse. Como la idea del Congreso internacional es muy poética, casi idílica, natural es que los diputados antes de poner manos en la obra, corran al campo, admiren la naturaleza, discurren por los montes y collados, ya á la luz de la luna, ya á la deslumbradora luz del sol en las voluptuosas horas de la siesta; natural es que pidan inspiraciones á los bosques de pinos centenarios, á los ríos caudalosos, á las fuentes susurrantes, á las flores silvestres, y que visiten, con unción y ternura, los lugares en donde sufrió y amó la infortunada Evangelina. Después, saneado y fortalecido el ánimo con estos grandiosos espectáculos, podrán vivir en la vernácula zampoña los cantos de Virgilio, y profetizar la nueva edad de oro, la edad en que las ovejas darán de grado su vellón y en la que todos los hombres serán hermanos y pastores.

Otro fin práctico no le encuentro á este paseo.

Yo no pongo en duda que puede resultar alguna utilidad del Congreso Americanista. Siempre es conveniente que se reúnan y conozcan hombres notables de diversos países, que conversen, que modifiquen sus ideas poniéndolas en contacto con ideas de otro. Todo eso estrecha los vínculos de la amistad y aproxima á los pueblos. Lo que he negado y niego es la desmedida importancia que algunos pretenden dar á esta asamblea, atribuyéndole el carácter de unos Estados Generales de todo el Continente Americano. Lo que he intentado desvanecer es el temor de que las decisiones de ese Congreso nos pue-

dan ser impuestas, con mengua de nuestra soberanía, tal como á los católicos imponen los concilios ecuménicos dogmas y artículos de fe. Lo que he dicho es que no se hará la paz ni la unión aduanera, por mucho aire y por mucha inspiración que tomen los señores representantes de América en sus cuarenta y dos días de paseo.

Como usted comprenderá sin esfuerzo, han de volver á Washington cansados. Algunos habrán dejado en sus respectivos países mujer, hijos, hermanos, deudores, acreedores, novias, etc., y después de dos meses de ausencia, sentirán el deseo de volver á la tierra, por lo que es de presumirse que el paseo dure más que las deliberaciones del Congreso, y se limite á manifestar solemnemente sus buenos deseos de que todo pase de la mejor manera posible en el mejor de los mundos desconocidos.

Y aquí pongo punto á mi carta, señor descontentadizo, porque reclama mi atención un tal D. Ajax que me ha salido al frente, carta en ristre.

JUNIUS.

## CARTAS DE JUNIUS.

### DEBE Y HABER.

#### Al rico-home de "El Nacional."

Con el título "Debe y Haber" ha publicado el diario que dirige el Sr. D. Gonzalo A. Esteva, un breve artículo, inspirado, ó mejor dicho, provocado por mi última carta. El autor de ese artículo ha de ser, por fuerza, un hombre rico; porque ¿creen ustedes que los pobres se duelan de la situación en que se hallan los señores ricos? Para un pobre, el rico es, cuando menos, el *casero*, y el casero nunca ha merecido la compasión de nadie. Rico ha de ser, en consecuencia, quien escribió el artículo del colega, y por eso dirijo esta misiva "al rico-home del *Nacional*."

Comienza el articulista:

«*Junius*, en *El Universal*, se dedica al presupuesto de la casa y encuentra que el empleado se hunde, se hunde sin remedio al final de cada quincena; y desde que el progreso nos ha traído los ferrocarriles y nos ha elevado el alquiler de las casas.

*Junius*, escribiendo en broma, ha dicho algo muy serio. El caso es que vamos adelante, pero que los negocios van muy mal, cada día peor para determinadas *capas sociales*.»

Me regocija que el anónimo escritor esté conforme con mis juicios; pero tengo la pena de no estar de acuerdo con él en eso de que los negocios van muy mal; cada día peor. Eso depende. . . . como decimos los galiparlistas y los mexicanos: ¿los negocios de quién? ¿Los míos?

¡Por de contado! ¿Los de D. Delfín Sánchez? ¡Nada de eso! ¿Los del *Nacional*? No lo creo, y sentiría sinceramente que así fuese. Sí concedo que, para ciertas *capas sociales*, los negocios van muy mal; especialmente para las *capas sociales* que no tienen capas.

«El capitalista, *sobre todo*, está amenazado de ruina; y considerando á sangre fría su situación, *casi* envidia la suerte del menesteroso.»

Ese *sobretudo*, en orden de sastrería, está colocado ó colgado bien junto á las capas; pero en otro orden cualquiera me parece fuera de lugar. ¿cómo han de ser los capitalistas, *sobretudo* los que están amenazados de ruina? Los amenazados de ruina, *sobretudo* son los que no tienen capital, y si deudas y, *sobretudo*, convenga el colega en que, siendo cierto lo que él dice, más felices son los amenazados de ruina que los arruinados.

Más que el *sobretudo*, me estorba é irrita el impertinente *casi* que se entrometió entre los vocablos "situación" y "envidia." "El capitalista envidia *casi* la suerte del menesteroso. . . ." Por manera que, sin ese *casi* que es aquí á modo de perro del hortelano, los capitalistas nos envidiarían por completo. ¡Un *casi* es el obstáculo del bienestar universal! Porque sin él permutaríamos los menesterosos con los ricos y así quedarían satisfechas nuestras aspiraciones; y los millonarios, aliviados de la gran carga que hoy les affige, vivirían contentos, y como dijo el poeta, ni envidiosos ni envidiados. "¡Tranquilizaos socialistas! —exclama el *Nacional*," — el porvenir es de los pobres!" — Yo no soy socialista, pero aunque lo fuera, no me tranquilizaría. Ese mismo porvenir nos están prometiendo desde los siglos más remotos. Es el "vuelva usted mañana," de deudor insolvente. Y he observado en mis largos años de existencia

que á todos los que no tienen ni dinero, ni talento, ni nada, se les dice, por vía de consuelo acaso, que tienen mucho porvenir. Además ¿cómo he de resignarme á no comer por la esperanza de que algún día coman mis nietos?

Cualquiera diría que *El Nacional* hablaba de broma; pero no, oigan ustedes:

«No hacemos paradojas. Hablamos con toda formalidad: el progreso industrial, el progreso económico, el progreso material, todos estos progresos han venido á abrir una fuerte brecha en los bolsillos de nuestros hombres de fortuna. Ser rico para esto, no vale la pena, no la vale realmente. Nos explicaremos.

Un hombre rico, no es un ciudadano aislado en el medio en que vive. Se ha dicho que el hombre rico no necesita de nadie. Es un error. El hombre rico es el que más necesita de todos.

Al empleado de *Junius*, no le importa que haya telégrafos, ni vías férreas, ni buques.

Al capitalista sí; como que él es quien utiliza todo esto, y quien por lo tanto, lo paga. ¿Cómo no ha de interesarle?»

Según el leal saber y entender del escritor á quien me dirijo, el capitalista es el que utiliza todas las mejoras materiales. . . . y eso no es cierto completamente, pero sí es *casi* cierto. Y según el mismo escritor, los capitalistas son los que *pagan* esas mejoras. Esto no es *casi* falso, es falso por entero. Pues qué, ¿yo no pago contribuciones, señor mío? Tentado estoy de asegurar que pago, relativamente se entiende, más que usted. Porque usted, propietario, para pagar la contribución sobre fincas urbanas, me aumenta á mí, inquilino, la renta de la casa; porque usted, comerciante en ropa, sube el precio de la manta, cuando sobre ella pesa un nuevo impuesto; porque usted fabricante. . . . pero ¿á qué seguir, si tal verdad salta á los ojos de cualquiera? Verdad es que usted pone en sus recibos timbres de á diez pesos, mien-